

Barrios populares, trabajo pastoral y responsabilidad por la Casa Común

Silvia Blanco Fernández RP¹

Introducción

Llegaba de Roma, llena de ilusiones, de experiencias y de sensibilidades. Los estudios me dieron un lenguaje que contaba experiencias ajenas y argumentaba de modo lógico para sostener con firmeza las conclusiones. Llegaba también contando con las experiencias de muchas de mis hermanas de congregación que, sin miedo se arriesgaron a apostar por la misión. Cuando llegué a Petare por primera vez, el lugar me resultaba inhóspito, y, quizás por eso, me resultaban confusas la alegría de unas hermanas que eran capaces de contemplar belleza donde a golpe de ojo se percibía violencia. De hecho, una de las primeras realidades que saltaba a la vista son las casas de autoconstrucción unas sobre otras, que evidencian la sobrepoblación del espacio y un orden urbanístico inexistente. Me sorprendió encontrar núcleos familiares de más de siete personas viviendo en apenas 25 metros cuadrados. Las viviendas se comunican a través de escaleras infinitas, con calles son estrechas y escasas, al igual que son escasos los espacios verdes y los de recreación. Además de todo esto estaba la basura: servicios como aseo urbano, transporte y sistemas de alcantarillado son muy irregulares. El acceso a los servicios como agua, electricidad, escuelas activas al 100%, centros de salud funcionales y dotados son muy precarios o inexistentes. En ese momento percibí que en el barrio hay una ley diferente: ajustes de cuenta, dominio de pranes (jefes de bandas delincuenciales), corrupción, etc., que amordaza y genera mucho miedo de denunciar situaciones de abuso, de agresión.

¹ Silvia Blanco Fernández, hermana de la congregación de Religiosas de la Pureza de María Santísima, es licenciada en Estudios Eclesiásticos por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma) y licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Estudios a Distancia (UNED, Madrid). Actualmente cursa en el ITER (Caracas) la maestría en Teología Fundamental.

Al inicio me preguntaba por la belleza que contemplaban mis hermanas. Con el tiempo, a medida que iba experimentando la vida del barrio, entendí a mis hermanas y comenzó a tener sentido todo lo teórico que había aprendido en las aulas. En el barrio se entiende que la belleza, más que una cuestión de cosmética es una cuestión de *formosura*. Aunque parezca de castellano antiguo, utilizo el término muy a propósito, ya que proviene de la palabra forma, la cual, según la metafísica de Aristóteles, hace que las cosas sean. La experiencia del barrio, para alguien como yo, se transformó en paradoja, pues en el caos informe se desvelaba ante mis ojos una forma, en el aparente caos hay un cosmos que solo se descubre cuando estás dentro. ¿Qué pasa cuando te acercas y miras de cerca y desde dentro el barrio? Al aproximarme, mi ojo aprendió a ver otras cosas: aprendí a ver en el barrio a las personas, hombres, mujeres, niños, adolescentes, jóvenes con nombre y apellidos, con una biografía única y dura, con una resiliencia inmensa, con un sentido de solidaridad comunitaria que edifica, con un amor por la vida enorme. Me di cuenta de que lo que los diferencian de los demás es tan solo en qué lado del río Guaire viven. Poco a poco lo que era caos lo descubrí como vida desbordante y fecunda. Basta acercarse al portón de la escuela de Fe y Alegría Roca Viva de Petare cada mañana y admirar la vitalidad de los niños cuando entran a clases, caminando por los pasillos, en los salones y patios. La vida viene de Dios.

¿Cómo acostumbrar el ojo a esta belleza? Creo que el primer paso es una profunda conversión personal. Se trata de empezar cambiando nuestra mirada para que, donde otros ven malandros, invasores, gente sin oficio ni beneficio, nosotros veamos personas. Debemos, tal como nos invita el papa Francisco, poner a estas personas en el centro de nuestro servicio pastoral, actuando la verdadera ecología integral a la que nos invita en *Laudato si'*: Se trata de colocar en el centro a las personas, con su nombre y apellido. Para desarrollar una pastoral dicente en este contexto hace falta en los agentes de pastoral la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural,

espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración². Al hablar de pastoral en el barrio no me refiero a ideas, sino a las motivaciones que surgen de la espiritualidad para alimentar la pasión por el cuidado del mundo. Las reflexiones teológicas o filosóficas, los planes pastorales, las acciones evangelizadoras pueden sonar a mensaje repetido y abstracto si no se presentan nuevamente a partir de una confrontación con el contexto actual.³

Ojalá que el fruto de nuestra pastoral sea el paso de “los otros”, hasta el “nosotros, que demos un salto hacia una forma nueva de vida y descubramos definitivamente que nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que nuestra Venezuela renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado⁴.

Cuidado de lo frágil

No es fácil vivir en el barrio: el espacio es escaso, los recursos son pocos, la privacidad no existe, los espacios comunes están deteriorados y los malos olores perfuman el ambiente. La cordialidad y el buen corazón de la mayoría de las personas convive con, y se ve empañada por, una violencia que siembra el miedo entre los moradores del escaso espacio. Pero no solo las personas son maltratadas, el escaso espacio es debilitado: aguas negras no canalizadas, ausencia de espacios verdes donde los niños puedan jugar, autos inservibles amontonados a la orilla de las calles que funcionan como contenedores de basura y criaderos de ratas, contaminación sonora permanente (debido a la cercanía de los habitantes, las casas están unas encima de otras y para evitar los sonidos

2 Cf. Francisco, Carta encíclica *Laudato si'* del santo padre Francisco sobre el cuidado de la Casa Común, 202, https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

3 Cf. *Laudato si'*, 17.

4 Cf. Francisco, Carta encíclica *Fratelli tutti* del santo padre Francisco sobre la fraternidad y la Amistad social, 35, https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html

del vecino se sube el volumen hasta llegar a ruidos que penetran todos los rincones del barrio).

Frente a esta escasez de espacio y de deterioro ambiental, la escuela es espacio seguro para los niños y para la familia. La escuela es un vivo ejemplo de que es posible tener espacios limpios, que el cuidado depende de quienes comparten sus patios y sus aulas, que es posible el silencio, que el orden aleja la violencia y que juntos forman una comunidad. La escuela es un espacio verde en medio de una montaña de viviendas abigarradas y superpobladas. De allí que la educación comience en primer lugar por el lugar, por la disponibilidad de personas que escuchan y por una pastoral que no aparta la mirada de los que son golpeados por la vida y están orillados en el camino, de los vulnerados y dejados atrás, y que en serena atención (Cf. LS222) descubre la belleza oculta y frágil de las vidas. Pastoral del rescate de lo positivo y no del juicio.

En la escuela a los más golpeados se da mayor atención, pues ellos necesitan experimentar que son escuchados y queridos. La depredación ambiental, la pelea por los escasos recursos que pueden ofrecer un pequeño espacio en el barrio dejan en el olvido a los más débiles y frágiles. Cuando los espacios y los recursos son pocos, el inútil y el frágil parecen sobrar. Cuidar de la Casa Común es saber que todos son importantes: desde el frágil árbol que lucha por abrirse paso a orillas del río Guaire, hasta el joven desatendido que, desorientado, corre el peligro de formar parte de bandas delictivas, del mundo de las drogas o de los borrachos de las plazas. En una escuela del barrio las matemáticas son concretas, porque el escaso recurso del espacio debe ser usado con responsabilidad, pues forma parte de nuestra casa común, el lenguaje es una herramienta de paz, pues debemos aprender a renombrar el don de Dios que se nos da en la naturaleza y en las personas. Las ciencias son una oportunidad de repensar nuestro entorno para que sea más acogedor. La escuela no es solo un instituto oficial de enseñanza, es un espacio donde se aprende a cuidar de la Casa Común protegiendo los pequeños espacios del barrio.

Más allá de los muros de la escuela

En los últimos años estamos asistiendo en América Latina a una especie de multiplicación de espacios verdes, bien delimitados y bastante protegidos como respuesta a los peligros que representa el calentamiento global. Se trata de iniciativas privadas a la que tiene acceso un grupo reducido de personas: techos verdes, parques temáticos, fincas ecológicas. Algunas de estas iniciativas se han transformado en negocio o en imagen de mercadeo. El cuidado de la Casa Común va más allá de lo privado y no forma parte del mercado⁵, aunque incide en su funcionamiento. La preocupación por la salud de nuestro planeta debe arraigar en todos los sectores hasta llegar a ser un quehacer cultural.

Una escuela como la nuestra, ubicada en medio del barrio corre el riesgo de ser una burbuja, es decir, corre el peligro de ser un espacio privado donde se pueda estar fuera del tráfico de drogas, de la violencia de las calles, del ruido que incomoda y de la basura que se desborda. Fe y Alegría está en el barrio para aprender de él y transformarlo. La escuela no se limita a los salones o a un trabajo administrativo, ella debe llegar a todas las casas y espacios comunes, debe fomentar lazos interfamiliares, posibilitando una familia mayor, debe transformarse en barrio, al tiempo que el barrio se transforma en escuela. Del barrio hemos aprendido el cariño, la ternura, la compasión y la solidaridad, y la escuela está construida con ladrillos de vida de las personas que cuidan de los profesores, que quieren a las hermanas que allí vivimos y que lloran cuando debemos despedirnos.

La educación es una pastoral de la presencia cercana y acogedora. Una pastoral que huele a oveja, que se deja tocar y que toca. Que en medio de entornos muchas veces agresivos, violentos y hostiles educa en otra manera de relacionarse, es decir, dignificante, fraterna y no

5 Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Laudate Deum* del santo padre Francisco a todas las personas de buena voluntad sobre la crisis climática, <https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost-exhortations/documents/20231004-laudate-deum.html>

Barrios populares, trabajo pastoral y responsabilidad...

violenta, respetuosa de la diversidad religiosa, haciendo hincapié en aquello que nos une y valorando la riqueza del diferente.

Evangelio y Casa Común

Una escuela católica no se caracteriza por su adoctrinamiento o porque allí se catequice o esté dirigida por un grupo de religiosas de una congregación. Lo que mueve en el cuidado de la Casa Común no es solo una preocupación por el calentamiento global o por la moda ecologista de los últimos tiempos. Lo que nos mueve es el Evangelio, que nos hace descubrir en el rostro de los débiles la fragilidad de Jesús, que nos mueve a la fraternidad incluso con la naturaleza, que sabe que el cuidado del mundo no es cuestión de deber, sino gesto de amor. No es por azar que el documento sobre la ecología del magisterio de la Iglesia sea llamado *Laudato si'*. El título está inspirado en el cántico de las creaturas de San Francisco. Cuidar es alabar, el cristiano cuando cuida reconoce al hermano sol, a la hermana planta, a la hermana agua, al hermano suelo, al hermano pobre, al hermano violentado, pero también al hermano depredador y violento.

Es posible reconocer un progreso en las apariciones de los documentos del magisterio de Francisco. Me gustaría mencionar cuatro documentos en los que es posible identificar un hilo conductor que nos lleva a un compromiso siempre mayor. Con *Evangelii gaudium* el Papa nos invitaba a dirigir la mirada a lo distinto, utilizando la figura del poliedro como una nueva imagen de la Iglesia. Con *Laudato si'* y, luego, con *Querida Amazonia*, nos recuerda que todos, absolutamente todos los habitantes de este planeta, tenemos una responsabilidad con la Casa Común y que cuidar es ya una alabanza al Creador. Finalmente, con *Fratelli tutti* nos invita a vivir como hermanos, transformando las estructuras injustas y apostando por una caridad política que nos lleve a responder ante los hermanos.

El Evangelio nos mueve a una pastoral el *encuentro con Dios vivo* entre nosotros, aquí y ahora, a través del contacto con la Palabra que ilumina y da sentido a lo que vivimos, el contacto y reconocimiento de nosotros mismos y de los demás como hijos, hermanos de una misma familia y dignos de ser la casa del Espíritu transformante.

Responsabilidad compartida

No se trata de una división de tareas, sino de dar lo mejor de sí, de la comunidad, en las siguientes dimensiones pastorales:

Pastoral de la *ternura*. Amor cercano y concreto, que tiene tiempo de pararse a escuchar, que se deja abrazar y abraza, y que dialoga. Pastoral que se teje con gestos dicentes y palabras actuadas, en la que se toma verdaderamente en cuenta lo que el otro aporta y dice y con el que se construye codo a codo un nuevo modo de vivir, el del Reino de Dios⁶.

Pastoral de la *amabilidad* y de la atención afectiva y efectiva, que educa en la búsqueda del bien gratuito a los demás.

Pastoral de *redes comunitarias* que ayudan a ampliar la mirada más allá del Guaire y que empoderan para ser agentes de transformación en nuestra realidad.

Busquemos a Dios donde se le encuentra. Acompañemos y compartamos la vida de nuestros hermanos más pequeños, porque “*lo que hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*”.

⁶ Cf. *Fratelli tutti*, 194.